

Las consecuencias de tales precedentes no podian ser dudosas. En otra parte de este libro hemos procurado pintarlas, con la situacion de las dos grandes fracciones de la poblacion hispano-americana; y aunque allí nos concretamos especialmente á nuestro país, creemos indudable que aquel bosquejo es aplicable, con pequeñas diferencias, á la mayor parte de la América española. Por consiguiente, sin que nos parezca necesario reproducirlo aquí, solo diremos que en medio de un régimen que, aunque sin el nombre de feudalismo, establecia de hecho un verdadero sistema feudal en cuanto á sus desastrosos efectos sociales, las relaciones de la raza europea con la americana fueron las del señor con el siervo. Lejos de amalgamarse, se desarrollaron separadas; su diferencia de condiciones, y sobre todo, su diversa educacion, elevó entre ellas una barrera imposible de salvar hoy, un positivo antagonismo de intereses y tendencias, en vez de dar origen á la menor muestra de fraternidad y mucho menos de igualdad.

Si la fusion completa de ambas razas hubiera producido una poblacion compacta y homogénea, mejor tal vez que sus componentes, el aislamiento, la separacion en que crecieron, no podian dejar de producir mas que una profunda desigualdad entre ellas. El ingerto de dos plantas suele originar otra mas frondosa que las primeras; pero jamás se conseguirá que nazca un solo y único árbol de dos semillas diversas.

¿Qué tenían, pues, de comun, ni siquiera de parecido, las Américas inglesa y española, para que esta última intentase darse las mismas instituciones de la primera, y para que racionalmente creyese poder prosperar con rapidez á su sombra? Nada, á la verdad, y en el conflicto necesario entre el estado real del pueblo y unas instituciones para él tan artificiales, la infeliz Hispano-América ha pagado y está pagando bien cara la imprevisora aunque generosa impaciencia con que, sin medir sus fuerzas, quiso llegar de un salto al objeto de sus aspiraciones, en lugar de resignarse á seguir paso á paso el camino que la razon y la historia de todos los pueblos le trazaban.

Lamentable como es el error que la impulsó á tomar por tipo una excepcion en vez de sujetarse á la regla general, creemos, sin embargo, al menos por lo que respecta á nuestra patria, que hoy ni debe ni puede ya retroceder hasta su punto de partida para encarrilarse en una senda mejor. Si al principio de su carrera descuidó la ilustracion y aun la edu-

cacion del pueblo, único modo de conseguir su emancipacion efectiva y de inculcarle á la vez que los derechos, los deberes á que está obligado el ciudadano, acaso es tiempo todavía de contener en parte los funestos efectos de aquella fatal omision; pero para esto seria preciso conservar la paz á todo trance, favorecer con la mayor constancia y energía la cultura de las masas populares, promover la inmigracion de muchos extranjeros ya preparados para gozar de instituciones libres, y sobre todo, aplicar las leyes de la manera mas estricta, modificando en el sentido conveniente aquellas cuya aplicacion sea notoriamente imposible por ahora.

Estas medidas que, adoptadas á su debido tiempo, habrian sido el preservativo de muchos vicios, podrán servir al menos de remedio para reprimirlos, si bien su accion será hoy necesariamente tan lenta y difícil como la evolucion misma de una sociedad turbada con tanta frecuencia por violentas convulsiones. Pero solo con ellas puede abrigarse la esperanza de que algun día nuestra democracia llegue á ser verdad, pues hasta ahora solo existe consignada en leyes que rara vez pueden tener aplicacion, y lo que hoy vemos en realidad es una confusa mezcla de los restos del feudalismo con la demagogia y con la anarquía. Apenas hay, en efecto, un solo Estado de la República en que no se cuenten una ó mas personas que manejan á su antojo las masas de *ciudadanos* suficientemente estúpidos para prestarse á ser ciegos instrumentos de miras privadas y bastardas, así como representantes de la fuerza bruta para trastornar de continuo el orden público. *

Los individuos de la raza indígena son quienes generalmente desempeñan este último papel. En medio de la mas profunda ignorancia, tanto de sus deberes como de sus derechos, verdadera *carne de cañon*, segun la expresiva frase de una terrible elocuencia, estos infelices son los que pagan de una manera casi exclusiva el contingente de sangre, no solo á la patria, sino á todos sus revolucionarios; y por consiguiente, son los que de hecho,

* Se ve con frecuencia en nuestras guerras intestinas, que cualquiera revolucionario levanta con mucha facilidad partidas de gente armada, y con un pequeño núcleo aumenta en seguida sus filas por medio de la fuerza, cualquiera que sea el objeto del motin que acaudilla. Tambien es frecuente ver que el vencedor en un combate incorpora á sus tropas los prisioneros hechos al enemigo, y estos pelean contra sus antiguos compañeros con el mismo denuedo con que se habian batido á su lado, muriendo tal vez mañana en defensa de una causa que combatieron ayer, aunque sin saber cuál sea esta causa. Es, en verdad, doloroso el espectáculo de tanta abyeccion. ¿Merecen estos infelices el nombre de *ciudadanos*? ¿Debe darse á este estado social el nombre de *democracia*?

aunque de un modo que podria calificarse de inconsciente, contribuyen mas á los males del país. Bajo este aspecto, estos hombres creados ciudadanos de órden suprema, en vez de cooperar en lo mas mínimo á los progresos de la nacion, le prestan el mismo servicio que una bomba atada en sus piés á la persona que se dispone á apostar una carrera.

Pero demos aquí punto á una digresion que nos conduciria á reflexiones demasiado dolorosas, y prosigamos nuestra narracion.

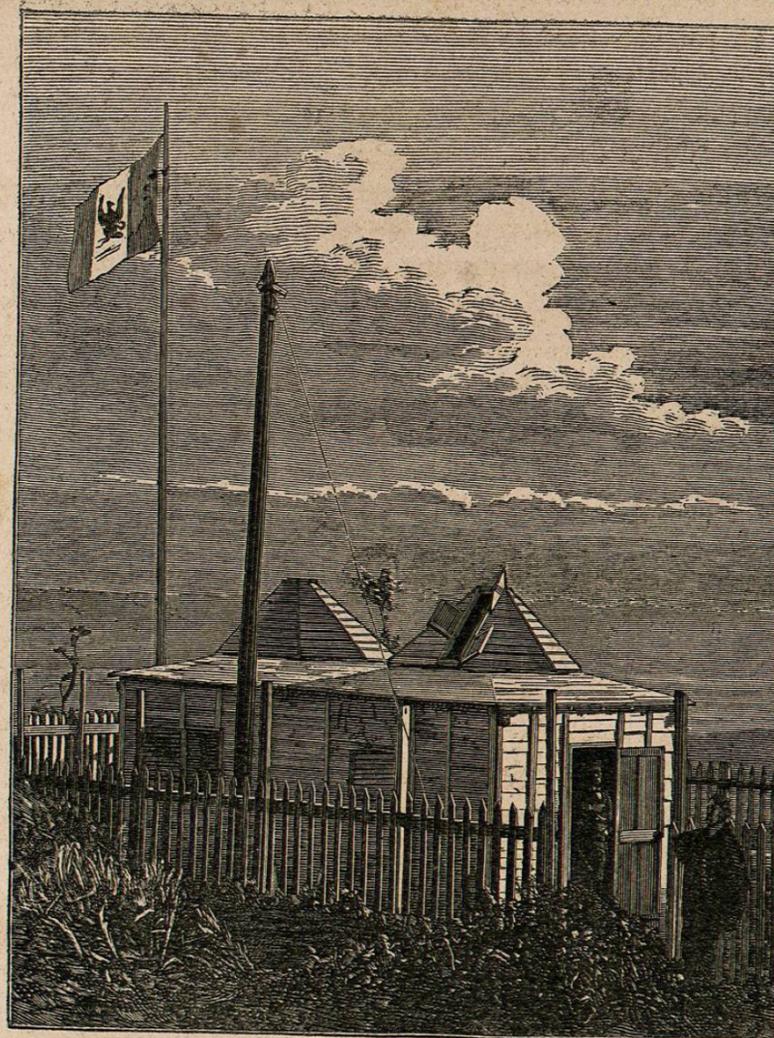
En los primeros dias de Diciembre S. E. el Gobernador de Kanagawa me dirigió en japonés, con su traduccion inglesa, una nota oficial participándome que el ingeniero inglés Mr. Joyner, empleado en el Departamento de Exploraciones Geodésicas, habia sido designado por el Gobierno para tomar parte en las observaciones del tránsito de Vénus, y que al efecto ocurriria á mi campo. Aunque contesté que recibiria con gusto á Mr. Joyner, segun se ve en el Apéndice XI, este señor no se presentó en el observatorio. Tengo idea de que con posterioridad fué enviado por el mismo Gobierno á auxiliar los proyectados trabajos de Mr. Scharbau á que antes me he referido.

Tambien S. E. Fuyimaro Tanaka, Ministro de la Educacion, me dirigió otra comunicacion, que consta en el Apéndice XII, suplicándome atentamente que recibiese como practicante al Sr. Rioge Koé, empleado de aquel Ministerio. Como en mi campo de Nogue-no-yama habia ya admitido á tres practicantes, sin contar á los Sres. Scharbau y Joyner, dispuse que el Sr. Koé pasara al observatorio del Bluff para que hiciese su práctica bajo la direccion del Sr. Jimenez. El apreciable jéven Koé concurrió, en efecto, á aquella estacion con la misma asiduidad y constancia que manifestaron en mi campo los oficiales de la marina, y como ellos, no se separó del observatorio sino hasta la terminacion de todas las operaciones.

Gracias á la oportunidad con que obtuve la autorizacion del Emperador para establecer mi campo y mi residencia en medio de la poblacion japonesa, y gracias tambien á la actividad con que habia trabajado el constructor Mow-Cheong, la ereccion material de ambos observatorios pudo quedar terminada antes del fin de Noviembre. Los Sres Jimenez y Fernandez, instalados de antemano en su casa del Bluff, dieron principio á sus trabajos preparatorios y ejecutaron sus primeras observaciones astronómicas el 27 de Noviembre; y tres dias despues, esto es, el 30 del propio mes, quedamos instalados el Sr. Barroso y yo en nuestra casita

de Nogue-no-yama, y en la noche de ese mismo dia hice las primeras observaciones preliminares para determinar la latitud de mi estacion y el error del cronómetro respecto de la hora local.

Habia yo dispuesto que el Sr. Bulnes continuase á mi lado hasta el fin de los trabajos; mas como su salud habia decaido visiblemente á cau-



OBSERVATORIO DEL PRESIDENTE DE LA COMISION EN NOGUE-NO-YAMA.

sa, sin duda, de los cambios muy bruscos de temperatura que habiamos resentido en nuestro rápido viaje, no me pareció prudente exponerlo á sufrir el rigor del invierno en la desmantelada habitacion de Nogue-no-